

VIDA DE ESCRITORA

Nuria Amat

Escribir para nacer. Mi madre muere cuando yo no he cumplido los tres años y nada de su cuerpo queda en mi memoria que pueda recordarla. Soy hija de palabras. Durante años quedo suspendida de un infierno de silencio. Allí lo llaman limbo. El olvido se ha llevado todos mis secretos. Abro los ojos y apenas consigo ver lo que hay detrás de la escritura. Una niña muda. Un colegio del que me sacan por mi cara de lástima. Un saco atado de palabras que llevan de un lado a otro. No empiezo a hablar hasta bien entrados los cuatro años. Seguramente debí decir las primeras palabras de la infancia, cuando mi madre fantasma estaba delante para recibir mi voz y festejarla. Pero nadie me asegura tal cosa. Uno de los psiquiatras más célebres de Barcelona vive al lado de mi casa. Mi padre piensa que mi caso tampoco es tan grave como para llamar a la puerta del doctor loquero y prevenirle de que la niña de al lado es sonámbula y es muda. Veo palabras. Pongo nombres al silencio. Invento recuerdos que no tengo. Soy poeta sin saberlo.

Escribir para destruir. Mi primer recuerdo de la infancia tiene que ver con la locura y el suicidio. Debió de ser una experiencia terrible para una niña ver como una mujer colgada de la ventana de la casa de enfrente está a punto de caer en el vacío. Pero mi cuento personal no debe ser tan espantoso como el relato verdadero de los hechos. Como no dispongo de palabras para contarlo hago de este evento otro de mis sueños secretos. Mi primera revelación. Y hago todavía más. La futura escritora busca confundir a su madre con la loca encerrada en el altillo del manicomio de enfrente. Vivo muchos años de este invento. Escribo textos invisibles y

olvidados. La escritora también quiere desaparecer con la escritura. Pero la maldición de Kafka se ceba en su melancolía, cede y termina por enseñar lo escrito. Cuando la escritora responde por enésima vez sobre la historia de la loca suicida de la ventana de enfrente, una mujer de Oxford que vive en Canadá y ha nacido en Barcelona levanta la mano desde su asiento para intervenir y asegurarme con datos fidedignos que la loca inventada en mi novela era su abuela internada y suicida.

Escribir para leer. Mi segundo nacimiento tiene lugar con la lectura. Los libros resumen todas las historias vividas. Descubren los secretos. Comparten mi ojo de cámara fotográfica del recuerdo. Las palabras escritas alivian mi tartamudez eterna. Cuando hablo tropieza mi lengua falsa. Mis palabras se niegan a competir con el miedo ajeno. Llevo una revolución interna. Me convierto en una escritora de cartas. Durante muchos años soy una experta epistolaria. Me hago escritora para poder resumir el mundo en una carta. En realidad, la lectora se hace escritora para tratar de doblegar su tartamudez eterna. Al fin lo consigue. La escritura se levanta. Todavía ahora cuando escribo tengo la sensación de estar poniendo mi vida en una carta.

Escribir para ocultar. La escritora no quiere mostrar lo escrito. Con los años y las páginas escritas aumenta este deseo de ocultamiento literario. Enseñar (publicar) un texto es condenarlo al olvido. Por importante y conocido que llegue a ser un libro, los meses consiguen olvidarlo. Los títulos se incineran en librerías vacías. Ocultar un texto es ofrecerlo como regalo a la historia. Cuanto más secreta es la escritura, más eternidad se confiere a las páginas innecesarias. Publicar un libro es aceptar su rápida condena. El éxito del mercado mata la eternidad de la palabra. Pero el fracaso es doblemente asesino. Entonces, el libro es olvidado dos veces. Un texto guardado en secreto es algo no nacido todavía. Los años alimentan la belleza de su estilo. Cuanto más verdadero es un texto menos necesidad tiene la escritora por publicarlo.

Publicar es colocar un enorme pastel en medio de la plaza. Se tiran sobre él y lo devoran. Escribir es trazar marcas aventuradas de memoria sobre la geografía silenciosa del recuerdo. Escribir obedece a una necesidad íntima, muy secreta. Inconfesable.

Nací dos veces. Mi madre murió cuando yo tenía poco más de dos años y nada vivo de su cuerpo quedó para que yo pudiera amarla o recordarla. Nací muerta de palabras. Durante años, varios, quedé suspendida de un infierno sin nombre. Una especie de limbo del silencio. Por más que lo intente, nada puedo recordar de mi primera infancia. El olvido se llevó todos mis secretos. Abro los ojos y no consigo ver ni sentir nada. Recuerdo vagamente un colegio del que tuvieron que sacarme por mi cara de lástima y mi negativa rotunda a soltar una palabra. Supongo que el dolor me envolvía como un saco. Así me veo., Llevada de un lado a otro indefensa. Debí saber las primeras palabras de la infancia y debí decirlas. No sé. Nadie me aseguró nunca tal cosa. Y ahora es tarde también para preguntarlo o recordarlo. Entonces, que yo sepa, no había psicólogos en Barcelona pero sí psiquiatras. Uno de los más

célebres vivía al otro lado de mi casa. Pero no era cuestión de llamar a la puerta del doctor Fuster para prevenirle de que la niña, la hija del vecino recientemente viudo, era muda. No empecé a hablar hasta bien entrados los cuatro años. Tampoco recuerdo cuando y por qué opté finalmente por abrir la boca y sacar de ella fragmentos o residuos de mis sufrimientos y secretos. Lo que sí recuerdo es mi cabeza llena a rebosar de palabras milagrosas. Soñaba palabras. Inventaba canciones y . Yo creo que sólo entonces fui poeta. Era poeta sin ni siquiera saberlo.

Fui tartamuda hasta pasados los veinte años. De los otros niños solo envidiaba su forma de hablar. Creo que si terminé casandome con un escritor y sobre todo por la literatura que representaba fue sobre todo por lo bien que decía frases y palabras. Lo que sí recuerdo es cuando y por qué razón dejé de tropezar con las palabras o comerme la mitad de ellas pero este evento, por supuesto gradual, tiene que ver con mi segundo nacimiento. Cuando he asegurado que mi segunda madre fue una biblioteca tampoco he dicho toda la verdad, apenas una parte muy pequeña de esta. Todas las autobiografías mienten, por mínimas, extensas o verdaderas que estan sean.

Mi primer recuerdo de infancia, este que las palabras vinieron por fin a rescatarlo del olvido, cosa que nunca hicieron con mi visión de madre, tuvo que ver con la locura y el suicidio. Lo que voy a contar parecerá terrible y para ser del todo sincera la experiencia de una niña de apenas cinco años que ve a una mujer colgada de la ventana de enfrente y a punto de caer en el vacío no fue tan espantosa. Al menos, no para mí que por aquel entonces al no disponer de las palabras para contar lo que estaba viendo preferí darlo por inventado. Pero juro que fue cierto. Mi hermano mayor y alguno de mis primos estaban conmigo contemplando a la mujer loca colgada de la ventana del psiquiátrico que teníamos en frente, a poco más de cinco metros. En casa se dió el asunto por zanjado. Nunca se habló de ello. Sólo mi escritura vino a redimirlo. Es

más, quise confundir a mi madre con la loca encerrada en el altillo. Inventarle palabras a la memoria y al olvido. Y he vivido muchos años de este invento. Literariamente hablando, le he sacado todo el partido posible a esta aparición terrible y milagrosa. Pero la vida de escritora también tiene sus sorpresas. No hace mucho, en Exeter College una mujer del público levantó la mano para intervenir y asegurarme con datos fidedignos que pese a estar viviendo ella en Canadá su abuela era la mujer internada y suicida que mi memoria había inventado y fomentado.

Mi segundo nacimiento tuvo lugar con el aprendizaje de la lectura y escritura. Las palabras escritas y leídas vinieron a rescatar los graves vacíos de mi olvido. El ojo se convirtió en cámara fotográfica del recuerdo. Yo veía y escribía. Sentía y leía. Las palabras escritas despertaron entonces toda mi enorme ansia de recuerdos. Leía y vivía. El silencio seguía conmigo porque la orfandad de algo mantiene la memoria alerta pero era un silencio vivo y despierto. Me convertí en una escritora de cartas. Durante muchos años fui una experta en cultivar vida y memoria. Fui una escritora sin serlo. En realidad, me hice escritora para poder eternizar el mundo en una carta. Todavía ahora cuando escribo tengo la sensación de estar poniendo mi vida en una carta. Escribir es trazar marcas aventuradas sobre la geografía silenciosa del recuerdo. Todo lo demás es